

industrias, nuestra agricultura, nuestro ejército y nuestra marina alcancen estupendo desarrollo. Cierto es que en Alemania el estudio del latín comprende varios y concienzudos cursos, y que en los colegios de los Estados Unidos hay más de 19.000 estudiantes de latín; pero eso es pura casualidad.

Como remota consecuencia de todo esto, en Santa María del Campo cuesta ahora un ojo de la cara encontrar alumnos que quieran aprovechar las ventajas de la fundación, y ha tenido que encargarse de la enseñanza el propio coadjutor de la parroquia.

En fin, dirijamos un vistazo a un esbelto torreón de las murallas, y marchemos carretera adelante en dirección a Palenzuela.

Sin descanso se oye clamar por la construcción de carreteras y caminos; pero, a lo que voy viendo, lo que hace falta pedir es algún viandante para esos caminos y carreteras. Desde Santamaría a Palenzuela—y eso nos ha ocurrido muchas veces en los muchos miles de kilómetros que llevamos andados por carretera en esta pícara vida—no encontramos ni un sólo transeunte. Rectifiquemos: en dirección opuesta a nosotros se aproxima a caballo un aldeano con su hijo, que viene de Villahoz de sacar una muela al muchacho, por haber en aquella villa—y esto no es reclamo—un practicante muy entendido en tales menesteres.

Llegamos al poblado de Escuderos. Hay aquí una ermita, en la cual, gracias a la amabilidad de la ermitaña, entramos inmediatamente. La Virgen de Escuderos fué sin duda muy milagrosa. De las paredes penden numerosos ex votos con sus leyendas gratulatorias, del siglo XVIII principalmente; más ¡ay! que la ermita está hoy convertida en palomar, y mal se verán para decir misa en ella el día de la Ascensión, en que celebra su fiesta.

Dejamos a un lado el molino harinero de Escuderos, y poco más allá, erguidos sobre una loma, descubrimos los restos de Torremoronta: El muro del campanario con su espadaña: eso es todo lo que de Torremoronta queda. ¿Será que doquiera nos acompañará la destrucción? ¿Será que el paso de los tiempos, lejos de traer progreso y vida, habrá arrojado en este suelo la devastación y la muerte? Los buenos castellanos, nuestros antepasados, llevaron a todas partes la riqueza y el arte en forma de iglesias, de palacios, de fortalezas. Hoy derribamos lo que ellos levantaron. Los tiempos han cambiado, es cierto. Si en vez de esas fortalezas, de esos palacios y de esas iglesias viéramos que en los pueblos se alzaban fábricas, talleres y casas de labor, por bien empleado podía darse el cambio; pero, por desgracia, no es así. Sólo aquí y allá alguna fábrica de harinas, alguna modesta explotación agrícola, alguna hidroeléctrica para dar luz a los pueblos vecinos. Todo ello, en verdad, no compensa lo que se destruyó.

Dejamos a nuestra izquierda, sobre el Arlanza, un puente de piedra.... destruído, y algunos kilómetros más allá llegamos a Peral de Arlanza. Nada hay en este pueblo que nos obligue a detener, y seguimos hasta Palenzuela.

¡Palenzuela! Villa de noble historia, que arranca de los tiempos romanos y se extiende a través de la Edad Media. Aquí evocamos la memoria de Alfonso XI y de Pedro I, y recordamos las palabras que la crónica pone en boca del Rey Cruel: «¿Sabedes, Don Tello, como vuestra madre D.^a Leonor es muerta?»

De la fortaleza de Palenzuela sólo quedan en pie dos pare-

dones. Torres, cubos, matacanes, adarves, todo desapareció. De las murallas, aquí y allá algún resto.

En la iglesia de Palenzuela, mezcla de elementos varios, no es poco lo que hay que ver. Una pila barroca, bien conservada; un retablo de talla, obra del siglo XVII; otro con un tríptico flamenco, de valor excepcional; un facistol de traza elegantísima; varias imágenes que pertenecieron a retablos desaparecidos y hoy se agrupan en la sacristía. También el señor cura de Palenzuela nos invita atentamente a registrar el archivo parroquial; pero ello, por lo que vemos, exigiría varios días, y hemos de renunciar a tan tentador ofrecimiento.

Y vamos a visitar las ruinas de otra iglesia, que hasta hace medio siglo estuvo abierta al culto. La impresión es tristísima. Era un templo gótico, de belleza que aún resplandece en las ruinas. Ya no hay bóvedas; pero las columnas se elevan airosamente y por milagro de equilibrio se sostienen algunos arcos. Capiteles primorosos, festoneadas cornisas, gallardas dovelas.... Del lado del Evangelio se ven los sepulcros de Andrés de Acitores, familiar del Santo Oficio en Valladolid, y de su hijo Lorenzo. Más allá otros sepulcros, ya sin inscripción.... ¿Habrá dolor como éste? ¿Quién había de decir a los fervorosos castellanos fundadores de este templo que por abandono e incuria—bien puede afirmarse—su obra se destruiría prematuramente? ¿Cómo los nobles hidalgos que ahí fueron enterrados habían de creer, no ya que quedarían incumplidas sus memorias, guardadas en el archivo de la iglesia—como reza el sepulcro,—sino que sus mismos restos caerían bien pronto envueltos entre escombros?

Y viendo esto, y viendo las casas de Palenzuela, que se desmoronan, y considerando que esto ocurre por toda Castilla, la idea de la destrucción acude de nuevo. Ahí, del otro lado del Arlanza, tenemos la ermita de Nuestra Señora de Allende el Río, donde una sola vez al año se dice misa; tenemos un convento ya sin frailes, y, lo que es peor, sin las obras de arte que guardó algún día. No bajamos a verlas. ¿Para qué? Han de ser un torcedor más que nos mortifique con la tristeza de las cosas pasadas y el oprobio de las presentes.

NARCISO ALONSO CORTES.

Imponer la tasa traerá el más grave conflicto que puede plantearse: el año que viene no habrá trigo ni para la mitad del consumo.

Si hay tasa, no se sembrará trigo.

Lo sabe el Sr. Ventosa y lo sabe el Sr. Maura. Ambos lo han dicho estos días.

Saben, pues, que hay que elegir entre un problema de carestía y un problema de escasez.

Es dilema inevitable.

Y no creemos patriótico preferir que se plantee el más grave de los dos.

DE «LA LIGA AGRARIA»

